

El brillo

Jimena Granados

Hay gente que se enferma por no comer... y hay quien no come porque está enferma, esta sutileza en el lenguaje, este retruécano cambio mi vida, la atravesó de una manera feroz.

Mi hija enfermó de anorexia, esa enfermedad que les da a las niñas ricas, a las modelos, a las muchachitas banales, a las de la ibero, a las que sólo piensan en moda y verse bien, lo raro es que Catalina no es ni rica, ni modelo, no es banal y estudia letras en la UNAM, nuestra hija no es el prototipo de mujer que creemos pueda enfermar de anorexia.

Todo era muy extraño, hubo un momento en que casi creí que me lo estaba inventando, que me estaba volviendo loca, que buscaba enfermedades donde no las había, Catalina no había bajado muchos kilos, tres si acaso, tampoco parecía que vomitará y mucho menos que se restringiera en los alimentos, sólo tenía mal humor, muy mal humor, más allá de una crisis que podía parecer la última de la adolescencia, no tenía nada mas. Sí, hacía mucho ejercicio, pero es que como ella misma decía: se cuidaba. Iba diario al gimnasio, estaba muy atenta a lo que comía y curiosamente nunca era suficiente el esfuerzo físico para bajar lo que ella consideraba un exceso de peso. Sin embargo, tenía algunas conductas extrañas que me hicieron suponer que algo más estaba sucediendo, algunas cosas, algunas frases y movimientos que incluso ahora me resulta doloroso recordar.

Yo sabía que mi hija había perdido algo, pero no sabía que, un día dejo de mirarme a los ojos y las pocas veces que me miraban me ayudaron a notarlo; el brillo, era el brillo que los caracteriza lo que se había ido, eso, eso había perdido, se había ido y con él, la sonrisa, las ganas de hablar, de opinar, de ir a la facultad, al cine, las ganas de leer, de escribir, de ver a sus amigos, los ánimos, los deseos de comer y desde luego de vivir.

Seminario de Sociología General y Jurídica

Buscando, como toda una “madre moderna” que tiene terror de buscar ayuda real, recurrí a lo virtual, revise y revise páginas de *internet*, en donde detalladamente se hablaba de cómo la pérdida de todo eso que mencione puede venir acompañada de otros síntomas menos evidentes y que esa conjunción espantosa se llama anorexia. Fue difícil encontrar la información veraz, la clínica correcta, fue más difícil aceptar que todo era real, que estaba ahí y que nos estaba pasando a nosotros.

Llorar, gritar, hablar y reaccionar para afrontarlo antes de que nos devastara.

Escuché hace poco que es doloroso que una hija enferme, pero si hay que sacarle la muela del juicio o el apéndice, la decisión es relativamente sencilla, tiene que ver con el médico correcto, desde luego con el presupuesto familiar y algunas veces con los calendarios escolares, pero con la anorexia es distinto, la vida se transforma, se revuelve, no entiendes, no encuentras la fuerza, las armas para luchar en contra de un enemigo que ni siquiera conoces. Nosotros fuimos muy afortunados, encontramos a la segunda el lugar correcto, tuvimos el apoyo de la familia, de los amigos, el valor inigualable de nuestra hija y su valentía nos ayudo para luchar juntos. Nuestra historia es, ahora lo puedo decir: privilegiada, en este complicado año he sabido de familias que van de un lado a otro, que llevan años con la enfermedad a cuestas, que no encuentran donde les den ni siquiera un diagnóstico, que no cuentan con los recursos y que su seguro medico no cubre enfermedades... de este “tipo”, que buscan sin encontrar un aliado, una cuerda que los guíe con certeza en un camino de incertidumbre.

Uno siempre quiere compartir las cosas buenas de la vida, pero las historias malas, las dolorosas también es bueno contarlas, sirven para recordar, para reflexionar, para entender y no repetirlas. No hay una vacuna para la anorexia, no existe, ni creo que existirá jamás y parece un cliché decir que el amor lo puede todo, pero a nosotros nos ayudo y hoy confío en que así es, apelar al amor es un buen principio, al amor que nos permita diagnosticar, curar, diseñar, planear, legislar, litigar, transitar, por un mundo en donde nuestras hijas e hijos puedan construir sanamente su autoestima y la mantengan a salvo, donde una

III Jornadas Sociojurídicas

mujer logre obtener el valor para afrontar dignamente una enfermedad emocional y recuperar su vida, un mundo en donde el erróneo vínculo entre conceptos como delgadez, éxito y felicidad desaparezcan y dejen de hacer tanto daño, un mundo en donde el perfeccionismo y la auto-exigencia exagerada no sean lo que marca la línea de la vida, en donde la publicidad no promueva minimizar, bajar, quitar, rebajar, deshacer, adelgazar hasta desaparecer, un mundo en donde dejemos de ser presa de los estereotipos, las expectativas y las aspiraciones, un mundo en donde demos más valor al contenido y no al envase, un mundo para soñar, para crecer plenamente y en libertad. Un mundo en donde no busquemos la perfección para ser felices, un mundo en donde ser felices nos haga sentir que todo es perfecto.

Muchas gracias a todos.